

Relatos ROBERT A.
HEINLEIN



**Por sus propios
medios**

Este relato, junto a *Todos ustedes, zombies*, narra las posibilidades del viaje en el tiempo para alterar la historia mediante bucles sucesivos.

Fue publicado en 1941 en la revista *Analog Science Fiction and Fact* bajo el seudónimo de Anson MacDonald.

Por sus propios medios

Bob Wilson no vio crecer el círculo.

Y, en realidad, tampoco vio al desconocido que salió de él y se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la nuca de Wilson, mirándolo y respirando pesadamente, como si se encontrara bajo el peso de una impresión muy fuerte y fuera de lo normal.

Wilson no tenía razón alguna para sospechar que hubiera nadie más en su habitación: de hecho, tenía todas las razones del mundo para esperar justamente lo contrario. Se había encerrado en su habitación con el propósito de terminar su tesis de una sola sentada. Tenía que hacerlo: mañana era el último día del plazo y ayer la tesis no era todavía más que un título: *Una investigación sobre ciertos aspectos matemáticos del rigor metafísico*.

Cincuenta y dos cigarrillos, cuatro cafeteras y trece horas de trabajo sin parar habían añadido siete mil palabras al título. En cuanto a la validez de su tesis, estaba demasiado aturdido por el cansancio como para que eso le importara lo más mínimo. Lo único que pensaba era: acaba con ella, escríbela, entrégala, tómate tres copas llenas hasta el borde y duerme durante una semana entera.

Alzó los ojos y los dejó vagar sobre la puerta de su armario tras la cual había escondido una botella de ginebra, casi llena. «No —se amonestó en silencio—, un trago más y nunca terminarás tu tesis, viejo amigo».

El desconocido que había a su espalda no dijo nada.

Wilson siguió escribiendo a máquina: «... tampoco es válido asumir que una proposición concebible es, necesariamente, una proposición posible, incluso cuando es posi-

ble formular matemáticamente una descripción exacta de tal proposición. Un caso al que se aplica esto es el concepto "Viaje en el tiempo". El viaje en el tiempo puede ser imaginado y se pueden llegar a formular sus exigencias bajo una teoría temporal determinada o bajo todas ellas, con fórmulas que resuelvan las paradojas de cada teoría. Sin embargo, sabemos ciertas cosas sobre la naturaleza empírica del tiempo que excluyen la posibilidad de la proposición concebible. La duración es un atributo de la conciencia y no del plenum. No posee *Ding an Sicht*. Por lo tanto...».

Se le atascó una tecla de la máquina y en seguida otras tres teclas golpearon sobre ella. Wilson lanzó una maldición con voz cansada y alargó la mano para entendérselas con el caprichoso artefacto.

—No hace falta que se moleste —oyó decir a una voz detrás suyo—. De todos modos, eso no es más que un montón de paparruchas.

Wilson se irguió en su asiento con una sacudida y luego volvió la cabeza muy lentamente. Tenía la fervorosa esperanza de que hubiera alguien a su espalda. De lo contrario...

Cuando vio al desconocido sintió un gran alivio.

«Gracias a Dios —pensó—, por un instante temí que se me hubieran aflojado los tornillos». Un instante después su alivio se convirtió en una extrema irritación.

—¿Qué diablos está haciendo usted en mi habitación? —preguntó.

Echó hacia atrás su silla de un empujón, se puso en pie y fue hacia la única puerta que tenía el cuarto. Seguía estando cerrada, y desde el interior.

Las ventanas no podían servirle de ayuda: se encontraban al lado de su escritorio y tres pisos por encima de una calle con mucho tráfico.

—¿Cómo ha logrado entrar? —añadió.

—Por ahí —respondió el desconocido, señalando con un pulgar hacia el círculo.

Wilson se dio cuenta de él por primera vez, parpadeó y volvió a mirarlo con mayor atención. El disco se hallaba suspendido entre ellos y la pared: una gran lámina de nada, con ese color que uno ve cuando cierra los ojos apretando con fuerza los párpados.

Wilson meneó la cabeza vigorosamente. El disco siguió ahí.

«Diablos —pensó—, estaba en lo cierto la primera vez. Me pregunto qué habrá hecho descarrilar mi tranvía...». Avanzó hacia el disco y alargó una mano para tocarlo.

—¡No! —le dijo secamente el desconocido.

—¿Por qué no? —dijo Wilson con cierta irritación.

Sin embargo, se detuvo.

—Ya se lo explicaré. Pero antes tomemos un trago.

Fue directamente hacia el armario, lo abrió y sacó la botella de ginebra sin apenas mirar en su interior.

—¡Eh! —chilló Wilson—. ¿Qué está haciendo? Ésa es mi botella.

—Su botella... —El desconocido se quedó callado durante unos instantes—. Lo siento. No le importará que me tome una copa, ¿verdad?

—Supongo que no —acabó concediendo Bob Wilson, algo malhumorado—. Ya que está en ello, póngame una a mí también.

—De acuerdo —accedió el desconocido—, y luego se lo explicaré.

—Será mejor que la explicación valga la pena —dijo Wilson con voz ominosa, pese a lo cual aceptó su copa y examinó al desconocido de la cabeza a los pies.

Vio a un tipo que tendría su misma talla y más o menos la misma edad..., quizá un poco más viejo, aunque era posible que tal impresión tuviera algo que ver con su barba de tres días. El desconocido lucía un ojo amoratado que ya estaba volviéndose negro, así como una herida recién hecha en la cara y una buena hinchazón en el labio superior. Wilson pensó que no le gustaba la cara de ese tipo. Con

todo, seguía habiendo en ella algo familiar y tuvo la sensación de que debería ser capaz de reconocerla, de que la había visto antes un montón de veces en diferentes circunstancias.

—¿Quién es usted? —le preguntó de repente.

—¿Yo? —dijo su huésped—. ¿No me reconoce?

—No estoy seguro —admitió Wilson—. ¿Le he visto anteriormente?

—Bueno... no exactamente —dijo el desconocido con voz conciliadora—. Bah, olvídelo... no podría entenderlo.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi nombre? Esto..., bastará con que me llame Joe. Wilson dejó su vaso sobre el escritorio.

—De acuerdo, Joe *Sea-cual-sea-tu-apellido*, marchando esa explicación y que sea breve.

—Lo será —dijo Joe—. Ese trasto por el que vine —señaló hacia el círculo—, es una Puerta del Tiempo.

—¿Una qué?

—Una Puerta del Tiempo. El tiempo fluye a cada lado de la Puerta pero se divide en dos corrientes cada una de las cuales está separada por varios miles de años..., no sé exactamente cuántos. Pero durante el siguiente par de horas esa Puerta seguirá abierta. Puede ir al futuro con solo entrar en ese círculo.

El desconocido hizo una pausa. Bob tamborileó sobre el escritorio con los dedos.

—Adelante. Estoy escuchando. Es una historia estupenda.

—No me cree, ¿verdad? Se lo demostraré.

Joe se puso en pie, fue nuevamente hacia el armario y extrajo de su interior el sombrero de Bob, su apreciado y único sombrero, al cual había ido maltratando hasta reducirlo a su desastroso estado actual después de seis años de vida estudiantil. Joe lo arrojó dentro del disco impalpable.

El sombrero golpeó la superficie, atravesándola sin que al parecer hallara resistencia alguna, y se esfumó.

Wilson se levantó, dio la vuelta cautelosamente alrededor del círculo y examinó el suelo.

—Buen truco —admitió—. Ahora, le agradecería mucho que me devolviera el sombrero.

El desconocido meneó la cabeza.

—Podrá recuperarlo usted mismo cuando lo haya cruzado.

—¿Cómo?

—Lo que le he dicho. Escuche...

Y, brevemente, el desconocido repitió su explicación sobre la Puerta del Tiempo. Wilson, insistió, tenía ahora una ocasión de las que sólo se presentan una vez cada milenio..., si se daba algo de prisa y cruzaba ese círculo. Además, aunque Joe no pudiera explicárselo detalladamente en ese momento, era muy importante que Wilson cruzara el círculo.

Bob Wilson se sirvió una segunda copa de ginebra y luego una tercera. Estaba empezando a encontrarse francamente a gusto y tenía ganas de discutir.

—¿Por qué? —se limitó a decir.

Joe puso cara de exasperación.

—Maldita sea, con que la cruces una vez no harían falta tantas explicaciones. Bueno, de acuerdo... —Según Joe, al otro lado había un viejo que necesitaba la ayuda de Wilson. Con la ayuda de Wilson los tres podrían gobernar el país. Joe no podía o no quería ser más preciso en cuanto a la naturaleza exacta de su ayuda y prefería recalcar una y otra vez las incomparables posibilidades aventureras que el círculo le ofrecía—. No querrás pasarte la vida como un esclavo intentando enseñar a cabezas de chorlito en alguna universidad de tercera categoría —insistía—. Ésta es tu ocasión. ¡Aprovéchala!

Bob Wilson admitió para sí mismo que un doctorado en filosofía y un puesto de enseñanza no eran su ideal de existencia. De todos modos, eso era mejor que verse obligado a trabajar para ganarse la vida. Sus ojos se posaron en la

botella de ginebra, cuyo nivel había bajado lamentablemente. Eso lo explicaba todo. Se puso en pie con cierta dificultad.

—No, mi querido amigo —dijo solemnemente—, no pienso subir a ese tio vivo tuyo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque estoy borracho, ése es el porqué. No estás aquí. Eso es, no estás aquí. —Agitó vagamente la mano hacia el círculo—. Aquí no hay nadie más que yo y estoy borracho. He estado demasiado tiempo trabajando —añadió como disculpándose—. Me voy a la cama.

—No estás borracho.

—Estoy borracho. Tres tristes tigres comían trigo de un trigal.

Avanzó hacia su cama. Joe le cogió del brazo.

—No puedes hacer eso —dijo.

—¡Suéltale!

Los dos se volvieron en redondo. Ante ellos, justo delante del círculo, se hallaba un tercer hombre. Bob miró al recién llegado, miró nuevamente a Joe, parpadeó e intentó enfocar sus pupilas. Pensó que los dos se parecían mucho, lo bastante como para ser hermanos. O quizá estaba viendo doble. Mala cosa, la ginebra. Tendría que haber cambiado al ron hacía mucho tiempo. El ron era soberbio. Podías bebértelo o podías darte un baño con él. No, quizá fuera con la ginebra..., bueno, en el fondo se refería a Joe.

¡Claro, qué estúpido! Joe era el que tenía el ojo negro. Se preguntó cómo había podido confundirse.

Entonces, ¿quién era ese otro tipo? ¿Acaso un par de amigos no podían tomarse unos tragos en paz sin que la gente viniera a entrometerse?

—¿Quién eres? —dijo con tranquila dignidad.

El recién llegado volvió su cabeza hacia él y luego miró a Joe.

—Él me conoce —dijo con una voz cargada de sobreentendidos.

Joe le examinó lentamente.

—Sí —dijo—, sí, supongo que te conozco. Pero ¿a qué demonios has venido aquí? ¿Y por qué estás intentando destrozarnos el plan?

—No hay tiempo para largas explicaciones. Sé más sobre ello que tú..., tendrás que admitirlo, ¿no? Y, por lo tanto, puedo juzgar el asunto mucho mejor que tú. No va a cruzar la Puerta.

—No pienso admitir nada semejante, y...

Sonó el teléfono.

—¡Contesta! —dijo secamente el recién llegado.

Bob iba a protestar ante lo perentorio del tono pero acabó no haciéndolo. En su temperamento no había la flema suficiente como para hacer caso omiso de un teléfono que sonaba.

—¿Diga?

—Oiga, ¿es Bob Wilson? —le preguntaron.

—Sí. ¿Quién habla?

—No se preocupe por ello. Sólo quería estar seguro de que estaba usted ahí. Pensaba que estaría ahí. Va por buen camino, chico. Va por buen camino.

Wilson oyó una risita y luego el chasquido del auricular al ser colgado.

—Oiga —dijo—, ¡oiga!

Apretó un par de veces la tecla y luego colgó.

—¿Quién era? —le preguntó Joe.

—Nadie. Algún chalado con un extraño sentido del humor. —El teléfono volvió a sonar y Wilson añadió—: Ahí está de nuevo. —Cogió el auricular—. ¡Oiga, sesos de mono chalado! Soy un hombre ocupado y esto no es un teléfono público.

—¡Pero, Bob! —dijo una dolida voz femenina en el auricular.

—¿Qué? Oh, Genevieve, eres tú. Mira... lo siento. Me disculpo...

—¡Bueno, desde luego creo que deberías hacerlo!

—No me entiendes, cariño. Hay un tipo que me ha estado molestando con sus llamadas y pensé que eras él. Cariño, sabes muy bien que jamás se me ocurriría hablarte de ese modo...

—Bueno, más vale que no se te ocurra. En especial después de todo lo que me dijiste esta tarde y todo lo que significamos el uno para el otro.

—¿Cómo? ¿Esta tarde? ¿Has dicho esta tarde?

—Por supuesto. Pero te llamaba por otra cosa: te has dejado el sombrero en mi apartamento. Me di cuenta de que estaba ahí unos minutos después de que te fueras y se me ocurrió llamar para decirte dónde se encuentra. Además —añadió con una mezcla de timidez y coquetería— eso me da una excusa para oír de nuevo tu voz.

—Claro. Estupendo —dijo él mecánicamente—. Oye, cariño. Estoy algo confuso. He tenido un día muy complicado y ahora se está complicando todavía más. Te veré esta noche y lo aclararemos todo. Pero sé que no me he dejado tu sombrero en mi apartamento...

—¡Tu sombrero, tonto!

—¿Eh? ¡Oh, claro! Bueno, de todos modos te veré esta noche. Hasta luego.

Colgó rápidamente el auricular. «Cielos —pensó—, esta mujer va a convertirse en un auténtico problema». Alucinaciones. Se volvió hacia sus dos compañeros.

—Muy bien, Joe. Estoy listo para ir si tú también lo estás.

No estaba demasiado seguro de cuándo o por qué había decidido cruzar por ese artefacto temporal, pero lo había decidido. Y, además, ¿quién creía ser ese otro tipo, intentando meterse con el libre albedrío de un hombre?

—¡Estupendo! —dijo Joe, aliviado—. Lo único que debes hacer es cruzar el círculo, no hace falta nada más.

—¡No, nada de eso!

Era el desconocido, siempre metiéndose en todo. Dio un paso adelante y se interpuso entre Wilson y la Puerta.

Bob Wilson se encaró con él.

—¡Oye, desde que has aparecido aquí te comportas como si yo fuera un don nadie! Si esto no te gusta, por mí te puedes tirar de cabeza al lago... Y si no quieres hacerlo, ¡soy perfectamente capaz de tirarte yo! ¿A ver, quién me lo va a impedir, tú y cuántos más?

El desconocido alargó la mano e intentó cogerle por el cuello. Wilson lanzó un golpe pero no resultó demasiado bueno. Su puñetazo fue tan lento como el correo repartido por un paralítico. El desconocido lo esquivó sin problemas y luego le sirvió una buena ración de nudillos, unos nudillos muy grandes y duros. Joe vino rápidamente en ayuda de Bob. Empezaron a intercambiarse puñetazos con entusiasmo, tarea a la cual Bob se añadió con alegría pero sin demasiada eficacia. El único golpe que logró dar tuvo como blanco a Joe, teóricamente su aliado. De todos modos, él había tenido intención de darle al otro.

Este *feux pas* le dio al desconocido la oportunidad de conectar limpiamente su izquierda con la mandíbula de Wilson. El golpe dio un poco alto pero dado el estado de Bob fue suficiente como para hacer que dejara de tomar parte en la actividad.

Bob Wilson fue dándose cuenta paulatinamente de lo que le rodeaba. Estaba sentado sobre un suelo que parecía algo inestable. Alguien se inclinaba sobre él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la figura.

—Supongo que sí —respondió Bob con voz pastosa. Le dolía la boca; se llevó la mano a los labios y la retiró cubierta de sangre—. Me duele la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. Cruzaste de forma algo confusa y creo que al aterrizar te diste un golpe en la cabeza.

Los pensamientos de Wilson, aunque confusos, estaban empezando a recobrar cierta claridad. ¿Cruzar? Examinó más atentamente a quien le estaba ayudando. Vio a un

hombre de mediana edad con una revuelta cabellera grisácea y una barba perfectamente recortada. Iba vestido con lo que Wilson tomó por una especie de pijama color púrpura para fiestas.

Pero la habitación en la cual se hallaba le resultó todavía más inquietante. Tenía forma circular y el techo se curvaba con tal suavidad que resultaba difícil decir cuál era su altura. En la habitación reinaba una claridad sin sombras ni fuentes visibles de luz. No había en ella mueble alguno salvo una especie de estrado o púlpito situado junto a la pared que tenía delante.

—¿Cruzar? ¿Cruzar el qué?

—La Puerta, naturalmente.

En el acento de aquel hombre había algo extraño que Wilson no logró localizar con precisión, salvo por tener la impresión de que no estaba hablándole en el idioma que acostumbraba a utilizar.

Wilson miró por encima de su hombro hacia donde estaba mirando el otro, y vio el círculo.

Eso hizo que la cabeza le doliera todavía más.

«Oh, Dios —pensó—, ahora sí que me he vuelto realmente loco. ¿Por qué no me despierto?». Meneó la cabeza, intentando aclararla.

Fue un error. No es que se le desprendiera la tapa de los sesos..., al menos, no del todo. Y el círculo siguió donde estaba, colgando sencillamente del aire, su pulida profundidad llena por los amorfos colores y siluetas de la no visión.

—¿Aparecí a través de eso?

—Sí.

—¿Dónde estoy?

—En el Salón de la Puerta del Gran Palacio de Norkaal. Pero, más importante que eso, es *cuándo* estás. Has avanzado algo más de treinta mil años.

«Ahora sé que estoy loco», pensó Wilson. Se puso en pie con cierta dificultad y caminó hacia la Puerta.

Su interlocutor le puso la mano en el hombro.

—¿Adónde vas?

—¡Voy a regresar!

—No tan rápido. Regresarás, desde luego, te doy mi palabra. Pero antes, deja que cuide tus heridas. Y deberías descansar un poco. Tengo ciertas explicaciones que darte y, cuando vuelvas, hay algo que podrías hacer, algo que redundaría en beneficio de los dos. Muchacho, nos aguarda un gran futuro a los dos..., ¡un gran futuro!

Wilson se detuvo, sin saber qué hacer. La insistencia de aquel hombre le resultaba vagamente preocupante.

—Esto no me gusta.

El otro le contempló entrecerrando los ojos.

—¿Te gustaría beber algo antes de irte?

Desde luego que le gustaría. En ese mismo instante un buen trago de licor le parecía lo más deseable que podía encontrar en toda la Tierra... o en todo el tiempo.

—De acuerdo.

—Ven conmigo.

Le condujo hasta el objeto que estaba junto a la pared y luego, a través de una puerta, a lo largo de un pasillo. Andaba con rapidez; Wilson tuvo que apretar el paso para mantenerse a su altura.

—Por cierto —le preguntó mientras recorrían el largo pasillo—, ¿cómo te llamas?

—¿Mi nombre? Puedes llamarme Diktor, todos lo hacen.

—De acuerdo, Diktor. ¿Quieres saber cuál es mi nombre?

—¿Tu nombre? —Diktor lanzó una breve risita—. Ya conozco tu nombre: te llamas Bob Wilson.

—¿Qué? Oh... supongo que Joe te lo dijo.

—¿Joe? No conozco a nadie que se llame así.

—¿No? Él parecía conocerte. Oye..., quizá no eres el tipo al que yo debía ver.

—Sí que lo soy. En cierto modo..., bueno, te estaba esperando. Joe... Joe... ¡Oh! —Diktor volvió a reír—. Se me

había ido de la cabeza por un segundo. Te dijo que le llamaras Joe, ¿verdad?

—¿No se llama así?

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro. Ya hemos llegado.

Hizo entrar a Wilson en una habitación pequeña pero clara y alegre. No tenía muebles de ninguna clase pero el suelo era blando y tan cálido como si estuviera hecho de carne viva.

—Siéntate. Volveré dentro de unos segundos.

Bob miró a su alrededor buscando algo para sentarse y luego se volvió hacia Diktor, para pedirle una silla. Pero Diktor se había ido. Peor aún, la puerta por la cual habían entrado ya no estaba. Bob se instaló en el cómodo suelo y trató de no preocuparse.

Diktor no tardó en regresar. Wilson vio cómo la puerta se dilataba para dejarle entrar pero no logró comprender cómo sucedía todo aquello. Diktor llevaba una botella de cristal tallado en cuyo interior había un líquido que se agitaba con un agradable gorgoteo, y un vaso.

—A tu salud —dijo con voz alegre, sirviéndole cuatro dedos de líquido en el vaso—. Bebe.

—¿No vas a beber?

—Luego. Primero quiero ocuparme de tus heridas.

—De acuerdo.

Wilson engulló el líquido con una premura casi indecente (acabó decidiendo que no estaba mal, algo parecido al escocés, pero más suave y no tan seco como éste), mientras Diktor trabajaba diestramente sobre sus heridas con unos ungüentos que primero le escocieron bastante y luego calmaron casi todo el dolor.

—¿Te importa si me tomo otro?

—Sírvete tú mismo.

Bob engulló su segundo vaso con más lentitud. No llegó a terminarlo: el vaso resbaló de entre sus flácidos de-

dos, dejando en el suelo una mancha de un marrón rojizo. Se puso a roncar.

Bob Wilson despertó sintiéndose estupendamente y sin una pizca de cansancio. Se encontraba bastante alegre aunque no sabía por qué. Siguió tendido con los ojos cerrados durante unos segundos y dejó que su alma volviera a instalarse dentro de su cuerpo. Tenía la sensación de que éste iba a ser un buen día. Oh, sí..., había terminado esa condenada tesis. ¡No, no la había terminado! Se irguió brusca-mente.

Al ver los extraños muros que le rodeaban, recobró la conciencia de lo ocurrido. Pero, antes de que tuviera tiempo de empezar a preocuparse —de hecho, una fracción de segundo después de haberse erguido—, la puerta se dilató dejando entrar a Diktor.

—¿Te encuentras mejor?

—Bueno, sí, estoy mejor. Dime ¿qué es todo esto?

—Ya llegaremos a eso. ¿Qué te parece desayunar algo?

En la escala de valores de Wilson el desayuno iba justo después de la vida y antes que la posibilidad de que existiera la inmortalidad. Diktor le llevó a otra habitación; la primera de cuantas había visto con ventanas. En realidad, media habitación terminaba en un balcón suspendido a gran altura que daba a un panorama cubierto de verdor. Una suave y cálida brisa veraniega soplaba perezosamente por la estancia. Desayunaron abundantemente al estilo de los antiguos romanos, mientras Diktor se explicaba.

Bob Wilson no siguió sus explicaciones tan atentamente como lo habría hecho en otras circunstancias pues le distra- jeron bastante las sirvientas que trajeron el desayuno. La primera entró llevando una gran bandeja con frutas sobre su cabeza. Las frutas eran espléndidas y la chica también lo era. Por mucho que la examinó fue incapaz de hallar en su persona defecto alguno.